



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología

Trabajo final de grado

El trabajo en sus dimensiones subjetivas, deseantes y patológicas: Un posible abordaje desde el esquizoanálisis.

Romina Palomeque Gondar

5.113.486-0

Universidad de la república, Facultad de Psicología

Montevideo, Uruguay

Tutor: Guillermo Milán

Apoyo a tutoría: Prof. Ay. Mag. Marcelo Gambini (Grupo de investigación: Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay - FCPU).

Diciembre, 2024.

Montevideo, Uruguay

Resumen

La presente monografía se propone hacer un recorrido del concepto de trabajo como un elemento estructural de la cotidianidad humana, que se materializa en: (i) formas de vida, que de acuerdo con Honnet (1997) determinan ciertas modalidades de reconocimiento/no reconocimiento; (ii) modalidades de transformación de objetos y de la materia, que inciden en el propio sujeto según Hegel en Kojève (2013); así como también, (iii) relaciones de producción expuestas por Marx (1968). Estos aspectos del trabajo, a su vez, pueden dar lugar en ciertas condiciones, a la emergencia de patologías a nivel social e individual; lo que puede promover abordajes terapéuticos que contemplen dicha dimensión.

El estudio del trabajo permite reconocer no sólo su caracterización como modalidad transformativa de la materia y del sujeto, sino también la influencia que ejerce el capitalismo sobre las diferentes prácticas laborales que puede desempeñar un individuo, así como su impacto sobre la capacidad productiva.

En concordancia con lo anterior, parece importante realizar un recorrido por las obras de Deleuze y Guattari (1985, 2004), quienes en su propuesta incorporan tanto la dimensión productiva como posibles estrategias de intervención, las cuales podrían ser integradas para intervenir en psicoterapia desde una perspectiva sensible, capaz de captar la dimensión deseante y productiva, así como de comprender los efectos del Capitalismo Mundial Integrado.

Palabras claves: Trabajo; Reconocimiento; Productividad; Deseo; Esquizoanálisis.

Agradecimientos

A Marcelo Gambini y Guillermo Milán por su dedicación, vocación y paciencia.

A mi abuelo Manolo, quien, aunque solo pudo acompañarme durante una parte de este largo camino, supo enseñarme el valor del trabajo sin olvidar la importancia de hallar momentos para el disfrute y el ocio.

A mis padres Patricia y Sergio, por su apoyo inmenso y por haber creído siempre en mí.

A mi pareja, familia y amigos por motivarme siempre.

Índice

I.	Introducción	5
II.	Capítulo 1	6
	➤ Forma de vida.....	6
	➤ El Trabajo en Hegel.....	8
	➤ El trabajo en Marx.....	10
	➤ El trabajo en Honneth.....	12
III.	Capítulo 2	14
	➤ Esquizoanálisis: un abordaje del deseo y lo productivo.....	14
	➤ Modos de intervención desde el esquizonálisis.....	22
	➤ Registros semiótico-maquínicos y Capitalismo Mundial Integrado.....	26
IV.	Reflexiones finales	32
V.	Referencias bibliográficas	39

Introducción

Este escrito presenta un estudio del trabajo, como factor transformador y modelizante de la subjetividad, así como también, como elemento incidente en la emergencia de patologías. El trabajo así concebido está ligado a: la transformación de la naturaleza, según Hegel en Kojève (2013), las relaciones de producción en Marx (1968) y a las modalidades de reconocimiento/no reconocimiento de determinadas formas de vida según Honnet (1997); elementos que además pueden estar ligados al desarrollo de patologías sociales (Honnet, 2009; Safatle et al., 2018). Así mismo, el trabajo puede ser una dimensión integrada en psicoterapia, en los desarrollos teóricos y las estrategias de intervención, por lo cual referirse al esquizoanálisis de Deleuze y Guattari (1985, 2004) ha permitido materializar prácticas psicoterapéuticas esquizoanalíticas, que se consideran de especial interés para los objetivos del presente trabajo final de grado, ya que el esquizoanálisis integra la dimensión deseante y productiva; dimensiones presentes en el trabajo.

Conforme a lo mencionado, este trabajo se inicia mediante un recorrido por algunas de las nociones de trabajo, que tienen implicancias para pensar en la constitución de la subjetividad (Hegel, Marx y Honneth), sin pretender realizar una exposición exegética de cada autor. Tal recorrido permite: (i) mostrar al trabajo como un elemento transformador de la naturaleza y constitutivo de la formación del sujeto (Hegel, Marx); (ii) dar visibilizar a las relaciones de producción que se encuentran insertas en las relaciones sociales (Marx) y que están atravesadas por flujos deseantes, así como por relaciones de poder (Deleuze y Guattari); (iii) advertir que las modalidades de subordinación y producción pueden producir patologías; (iv) exponer una serie de propuestas de intervención esquizoanalíticas que logran integrar el trabajo en sus desarrollos, desde lógicas que contemplan la dimensión productiva del deseo; (v) ofrecer un contexto sobre como impacta el Capitalismo Mundial Integrado sobre las dinámicas laborales y particularmente sobre la conformación del individuo.

Finalmente, se presenta una reflexión final en la que se realiza una articulación entre los diferentes aspectos teóricos ligados al trabajo, respecto a los modos en cómo se expresa el trabajo, su vinculación con la emergencia de patologías y su posible integración tanto en psicología como en psicoterapia.

Capítulo 1

Forma de vida

Para iniciar el desarrollo de la noción de trabajo resulta necesario delimitar a este concepto como una de las dimensiones constitutivas de una forma de vida. Para Honneth (2009) el trabajo implica una modalidad de reconocimiento/no reconocimiento de ciertas formas de vida. Es decir, un modo de autorrealización de los sujetos, que puede ser reconocido, ignorado, resistido o atacado a nivel social, según Mesquita Sampaio de Madureira (2009), en la medida que se ajusta, o no, al sistema normativo imperante.

Según Safatle et al. (2018) la sociedad es “un sistema de normas, valores y reglas que estructuran formas de acción y juicio en sus aspiraciones de validez” (p. 7) así mismo, tales normas, si bien no siempre se establecen en forma explícita, parecen organizar pautas y formas de estar en el mundo, que se imponen a todos.

Sin embargo, de acuerdo con el mencionado autor al ligarse los sujetos a ciertos ethos — a cierto conjunto de comportamientos y principios morales— es posible notar la emergencia de diferentes modalidades de acción e interacción social, que no sólo pueden dar sentido a las normas establecidas, sino que se constituyen como formas de vida y modalidades de expresar afectos. Se entiende así, que los afectos son el sustento/sustrato de lo normativo en la vida social. Las normas, a su vez, tienen un aspecto performativo y disciplinar que imponen a la sociedad ciertos lineamientos respecto a las modalidades de vida validadas, deseadas, temidas, resistidas o irrelevantes.

Según Safatle et al. (2018), estas formas de vida se encuentran afectadas por el capitalismo, en sus modos de expresión y de circulación en el ámbito laboral. Esto puede devenir en el desarrollo de patologías en lo social, las cuales generan sufrimiento e interfieren en la concreción de la autorrealización individual o colectiva de determinada forma de vida. De acuerdo con Safatle et al. (2018) una patología puede tener un componente social, ya que la socialización de los sujetos favorece que se internalicen ciertas formas de vivir y de narrar el sufrimiento, así como de reconocer el descontento.

Como plantea Dunker (2015) la delimitación de una forma de vida implica rastrear los vínculos entre trabajo, lenguaje y deseo, ya que cada forma de vida demuestra una relación entre estos componentes; mediados, además, por la emergencia de modalidades del malestar, de narrativas de sufrimiento y el desarrollo de síntomas. Tales emergentes, según el autor, tienen la posibilidad de ser reconocidos según la gramática de reconocimiento existente. Esta gramática

puede ser capaz de validar ciertas modalidades del malestar, sufrimiento y síntoma, como de invalidar otras.

Según Honnet (2009), cuando una forma de vida no es reconocida, ello se liga a cierto debilitamiento jurídico-normativo, que falla en garantizar las posibilidades de reconocimiento y puede dar lugar a un déficit de este; es decir a la imposibilidad de garantizar un reconocimiento recíproco entre individuos.

De manera general, se puede observar que el concepto de forma de vida refiere a formas de ser y estar en el mundo. En este sentido, hablar de formas de vida remite a diferentes planos que incluyen lo social, lo político, lo económico, lo jurídico, lo moral y lo cultural. Tales planos delimitan en las sociedades capitalistas estándares que validan e invalidan formas de vida. Esto pone en evidencia el sufrimiento compartido y las posibles luchas emancipatorias que de éste derivan. Luchas que ponen en juego la dimensión del reconocimiento, dimensión que incluye el trabajo (Honneth, 1997; Kojève, 2013; Marx, 1968).

Para Honnet (1997) el reconocimiento se hace presente en un proceso dialéctico, en que las formas de vida establecen lazos dialógicos y relacionales de reconocimiento intersubjetivo. En este proceso, los sujetos buscan el reconocimiento de un otro para conformar una identidad. Según Honnet (1997), a partir de Hegel es posible afirmar que la conformación de una identidad subjetiva, del Yo, es posible mediante el reconocimiento recíproco.

De acuerdo con el mencionado autor, si tal reconocimiento se encuentra en déficit, se da lugar a tres formas de menosprecio, que hieren la subjetividad y que en ocasiones son el motor de la lucha por el reconocimiento.

La primera forma de menosprecio hace referencia a la afectación de la integridad física; el sujeto se ve imposibilitado en la libertad de su propio cuerpo e indefenso frente a la violencia que ejerce el otro, esto da cuenta de un profundo sentimiento de humillación, vergüenza y por consiguiente un quebrantamiento del sentimiento de confianza que se elaboró en el amor familiar y social.

La segunda forma de menosprecio da cuenta de aquellas situaciones que tienen como eje al derecho formal, es así como quien se ve vulnerado en su posición de sujeto jurídico, transita por un resquebrajamiento del estatus adquirido; así como por un no reconocimiento de los derechos sociales y jurídicos válidos en determinado periodo histórico. Por tanto, el individuo no solo se verá dañado en lo referente al respeto hacia sí mismo, sino que también perderá valor en cuanto a su aporte a la sociedad, ya que no es reconocido.

Finalmente, la tercera forma de menosprecio representa la lesión sobre el estatus y honor de un individuo de acuerdo con los parámetros culturales establecidos históricamente, que reflejan la prevalencia de determinadas formas de vida por encima de otras. En este sentido, la autorrealización del sujeto estará determinada por las dinámicas de validación/ no valoración. Esto da como resultado que quien tenga un modo singular de estar en sociedad (no valorado por la sociedad) podrá no ser contemplado como un agente capaz de contribuir a la sociedad, de esta manera se establece un daño sobre la autoestima, así como también una falta de consideración respecto a sus capacidades y cualidades singulares.

De acuerdo con Honnet (1997) en el trabajo como actividad, una forma de vida puede tener lugar para la autorrealización y el reconocimiento, o por el contrario para el menosprecio y la insatisfacción del sujeto.

El trabajo es una de las dimensiones compartidas socialmente, donde se pueden visualizar modalidades de transformación de la naturaleza, intercambios entre sujetos, y relaciones de producción. Por esta razón, se hace necesario desarrollar un recorrido del concepto de trabajo, para comprender su complejidad.

El Trabajo en Hegel

Las reflexiones filosóficas y políticas en torno al trabajo —como modalidad de reconocimiento y actividad valorativa— tienen sus antecedentes en los aportes de Hegel y Marx. Por tal razón, se inicia un estudio del concepto de trabajo a partir de la obra de Kojève (2013) “Introducción a la lectura de Hegel”, quien realiza una lectura materialista de Hegel. Según Kojève (2013) para que exista un yo es necesario que exista una transformación del mundo y de sus objetos, transformación que implica un esfuerzo, denominado: trabajo.

El trabajo, como esfuerzo y transformación pone en juego al deseo que se tiene hacia el objeto-cosa, como condición necesaria para que el yo obtenga un sentimiento de sí en relación con ese objeto. Esto, según Hegel, le permite al sujeto reconocerse y devenir como un existente. El yo, entonces, establece una relación consigo mismo y con el objeto. Kojève (2013)

Para Hegel el deseo afecta al objeto del mundo, el cual es transformado mediante un esfuerzo -el trabajo-, en un proceso de negatividad que destruye al objeto en su naturaleza (destruye el árbol, la tierra, los animales, etc.) para transformarlos en otros objetos. Este proceso implica no aceptar lo natural como se presenta, sino transformarlo para que devenga un objeto material, que pueda ser capturado o utilizado por lo humano. Tal proceso según Kojève (2013) es el trabajo.

El trabajo, por otra parte, permite un intercambio. Se establece en lo humano un deseo en relación con el deseo del otro. Esto explica como el hombre busca reconocimiento del deseo propio en el otro. Esto lo lleva a someter su deseo al deseo del otro. Esto implica que el humano más que desear un objeto, desea ubicarse como objeto del deseo del otro o desear un objeto que el otro posee, de modo de establecer una relación con este otro Kojève (2013). El fin último de este proceso es ser reconocido por el semejante.

Este proceso de reconocimiento, sin embargo, no se da sino mediante una lucha por el reconocimiento. Lucha que, según Hegel, se expone en la dialéctica del amo y del esclavo, esto muestra, de forma paradigmática, la lucha por el prestigio y el reconocimiento. En esta dialéctica, el trabajo como modalidad de transformación/producción de objetos, es delegado a la tarea del esclavo, quien, según Hegel, se encuentra en un punto intermedio entre el amo y la naturaleza.

En este sentido, el esclavo es quien realiza el trabajo y transforma la naturaleza, en virtud de la voluntad del amo. A través del esclavo, el amo puede reconocer ese objeto como objeto material y conquistar la naturaleza, así como ejercer su libertad sobre ésta. En contrapartida, el esclavo sólo puede contentarse con el trabajo, sin posibilidad de poseer aquel objeto que ha producido. Tal objeto, al ser un objeto para el amo, pasa a serle extraño, su relación con tal objeto, entonces, es sólo de producción, no de posesión ni uso.

Según Kojève (2013) el trabajo crea un mundo no natural, técnico, humanizado y adaptado al deseo humano, al deseo de un ser que lucha por demostrar su superioridad -en tanto que amo- sobre la naturaleza y otros humanos. El trabajo, entonces, es un proceso de destrucción de la naturaleza y sometimiento de una vida, con el fin de ser amo de un objeto y de otros.

Para Kojève (2013), el trabajo es aquello que posibilita al hombre modificar la naturaleza, así como establecer relaciones en donde lo producido en un primer acto (por el esclavo), es utilizado para un segundo acto (por el amo).

En tal proceso no solo cambia el mundo natural, sino que el esclavo también se ve afectado, ya que su acción sobre el objeto parte de una naturaleza dada, para seguidamente negarla y superarla. Es así como en el acto de transformar la naturaleza se forma al mundo, ya que este es el resultado de la transformación de la naturaleza, que supera los límites de lo natural.

Por ello, el trabajo para Kojève (2013) es:

(...) Bildung en el doble sentido de la palabra: por una parte, el trabajo forma, transforma el Mundo, lo humaniza al hacerlo más adaptado al Hombre; por la otra, el trabajo transforma, forma, educa al hombre, lo humaniza al hacerlo más conforme a la idea que éste se hace de sí mismo y que -a primera vista- no es sino una idea abstracta, un ideal. (p.224)

Por último, el trabajo somete a ciertos hombres a la voluntad de otros. Cuando esto ocurre, ello deriva en una desvalorización del esclavo, ya que este solo puede observar y ser partícipe de una parte del proceso de producción, aunque ignora parte importante de este proceso.

Kojeve (2013) demuestra que la dialéctica del amo y del esclavo se materializa también en la vida burguesa, pero, en otros términos. Si bien es cierto que el burgués no está directamente en una relación de dominación respecto a un amo personificado. Ahora el sometimiento es libre, consciente y deriva directamente de un amo abstracto el cual se identifica con el capital.

En la burguesía la relación es mayoritariamente consigo mismo. De esta manera, tal relación trasciende lo biológico, lo instintivo, para tener en cuenta el aspecto jurídico, la relación con la propiedad, el capital. Por otra parte, el burgués replica sobre el trabajador una relación de dominación que el capital ejerce sobre él.

El trabajo en Marx

Marx (1968) en su obra "Manuscritos. Economía y filosofía", parte de una postura crítica respecto a la economía política clásica. Argumenta que este campo de análisis contiene en sí una manera particular de comprender a los modos de producción, en donde se coloca al trabajador en un rol que lo ubica como pura mercancía. Un objeto del intercambio económico.

Para Marx (1968) la valoración del rendimiento laboral está en estrecha relación con el producto final. Es así como el foco del capitalismo está más en la acumulación del capital que en los medios por los cuales se alcanza dicho objetivo. Por ello, como efecto de este interés, se produce una acumulación de las riquezas y del dominio de los modos de producción en pocos actores. Esto hace que el trabajador, al no poseer los modos de producción, vea reducido y minimizado su contribución en la cadena productiva, e incluso vea como es invisibilizado su papel, al momento en que se enajena lo producido.

En la medida que el trabajador no tiene ningún papel al momento en que una mercadería pasa a la mano de un comprador, ni en el valor final de la mercancía, éste siente una desvalorización de sí mismo como sujeto productor.

El producto, traducido en un valor monetario, se vuelve independiente tanto de la acción que lo produjo como de su productor. Así mismo, convierte a este último en un ser falto de realización personal e incapaz de capturar al objeto; de hecho, es el objeto quien empieza a capturarlo desde su posición de objeto animado.

Marx (1968) establece al trabajo enajenado como una modalidad en la cual la labor no tiene características formadoras respecto a un posible estado de plenitud emocional. De esta manera, el trabajo no es un fin en sí mismo; el sujeto es forzado a trabajar bajo determinadas condiciones alienantes y denigrantes, para satisfacer así demandas o deseos que no pueden ser contemplados en el proceso de producción mismo. Dicho de otra manera, el hombre no puede encontrar la autosatisfacción en el trabajo mismo, porque no se ve reconocido como agente productivo, lo que toma a éste como un mero medio por el cuál el patrón alcanza determinados objetivos.

Las relaciones de producción, además de establecer un vínculo enajenado entre sujeto productor y objeto producido, colocan al sujeto en relación con otros hombres que dominan y se apoderan de dicho objeto (la burguesía). Así, el hombre inserto en el proceso de producción es atravesado por sensaciones de extrañeza y hostilidad que lo desbordan.

Para Marx (1968) el capitalismo reproduce ciertos regímenes de valor y reconocimiento, que dotan al sujeto de existencia, valor y posibilidades de ser reconocido. La forma en que el trabajador capta su valor es mediante el salario, el cual, a su vez no refleja el tiempo de trabajo.

Para Marx (1968) las condiciones socioeconómicas establecidas por el capitalismo alejan al trabajador de su identidad de hombre, como ser deseante. Se producen así formas de vida en donde las necesidades de los individuos solo pueden ser consideradas desde una óptica parcial. Solo importan aquellas necesidades que pueden ser medidas, visibles y satisfechas mediante el dinero y el producto del trabajo. Esto da como resultado una primacía del capital y las necesidades materiales, por sobre la virtud, la autorrealización y el engrandecimiento del espíritu. Por esto, es necesario esbozar las implicancias que el proceso productivo tiene sobre las relaciones entre los hombres, más específicamente en la división del trabajo y los intercambios emergentes.

Pese a que Marx reconoce la existencia de un vínculo intersubjetivo en el trabajo, estas relaciones están cargadas de componentes de interés y aprovechamiento, en donde se le demuestra al otro las ganancias materiales y económicas que puede obtener. Para Marx, el valor del tiempo de trabajo tiene lugar en un sistema de oferta y demanda, en que lo que vende el trabajador es su fuerza de trabajo y su tiempo, frente a lo cual el capitalista paga un valor al trabajador, como salario.

Para el trabajador las relaciones sociales se definen y construyen en términos mercantiles. Rasgos que se definen por la participación y engranaje del trabajador dentro del modelo productivo.

El trabajo en Honneth

Como ya se ha descrito Honnet (2009) se sirve de Hegel para hacer una clara articulación de la teoría del reconocimiento, sin embargo, en lo referente al trabajo toma a Marx ya que este último incorpora el factor trabajo a su análisis sociopolítico y económico de las formas de vida. Para Honnet (2009) la autorrealización del sujeto se define, en parte por el control que éste pueda ejercer sobre su trabajo. Control que permite cierta objetivación respecto a su participación en el proceso productivo, así como la toma de conciencia del proceso productivo.

Según Honnet (2009) Marx explica como el surgimiento del capitalismo produce modelos productivos, que establecen ciertos límites a las capacidades individuales y autónomas de los sujetos, así como a las posibilidades de que los sujetos puedan verse reconocidos mediante el trabajo. En este sentido, al referir a Marx, Honneth (2009) considera que en el capitalismo los sujetos pueden sentirse alienados no solo respecto a lo que producen, sino también en relación con ellos mismos y sus pares sociales. Como plantea Honnet (2009) "El capitalismo representa una forma de vida social que pone al hombre en oposición a su propia esencia y lo priva de cualquier perspectiva de lograr una vida buena" (p. 68) lo que implica el desarrollo del sufrimiento.

En relación con lo expuesto por Honneth, Marx y Hegel, parecería claro que, si bien es posible que el sujeto se forme a sí mismo, en el esfuerzo mediante el cual transforma la naturaleza material en objetos definidos (Hegel), el propio trabajo puede conducir a modalidades de alienación, explotación (Marx), o formas de vida alienantes (Honneth). Ante ello cabe preguntarse desde el lugar de estudiante de psicología: ¿Es posible conducir procesos terapéuticos que apunten a una desalienación respecto al trabajo que se ejecuta? ¿Cómo puede afectar al sujeto las modalidades laborales capitalistas ya descritas? ¿En qué medida estas

modalidades laborales, por su peso sobre la subjetividad, no implicarían repensar la dimensión del deseo?

Dado que, hasta el momento, se ha hecho hincapié en la conceptualización teórica del trabajo, en su influencia en las formas de vida, así como en relación con las patologías sociales, se considera necesario profundizar en los aspectos social-psicológicos que contribuyen al abordaje del trabajo. Para ello, parece oportuno presentar y desarrollar la corriente esquizoanalítica de Deleuze & Guattari (1985, 2004), puesto que ella exhibe una manera no reductiva de entender al malestar psicológico desde una perspectiva que integra las dimensiones sociales laborales y económicas que además están atravesadas por la función deseante.

Capítulo 2

Esquizoanálisis: un abordaje del deseo y lo productivo

En las últimas décadas las teorizaciones sobre esquizoanálisis han impregnado la producción académica en Psicología Social en Sudamérica —en particular en Brasil y el Río de la Plata— tanto a nivel universitario, como en centros de formación y atención psicológica. La psicoterapia se ha nutrido de estas teorizaciones y han posibilitado una lectura específica de las dimensiones deseantes y productivas de los sujetos, a su vez, se entiende que dichas dimensiones no le son ajenas al trabajo como actividad.

En relación con los objetivos del presente escrito, se considera que el esquizoanálisis podría facilitar un abordaje psicoterapéutico que habilite a pensar a la dimensión trabajo como parte de su análisis, por esta razón se entendió a la concepción equizoanalítica como la más apropiada para dichos objetivos. El pensamiento esquizoanalítico de Deleuze y Guattari no sólo integra una comprensión de los aspectos productivos y del trabajo, sino también realiza una serie de propuestas de intervención, que podrían integrarse en una psicoterapia. Por ello, se decidió realizar un recorrido general del esquizoanálisis a partir de la lectura de dos textos centrales: El Anti-Edipo y Mil mesetas, dado que presentan la concepción esquizonalítica, así como su forma de intervención.

Este capítulo se inicia mediante una lectura de El Anti-Edipo, donde Deleuze y Guattari (1985) realizan una presentación del esquizoanálisis, la cual a, su vez, presenta como eje rector de argumentación, al deseo.

Para estos autores el deseo, a diferencia de su interpretación psicoanalítica, no es una falta, ni está relegado a una función representativa del inconsciente. El deseo está ligado a la capacidad productiva, es su motor. La producción deseante, muchas veces se sedimenta en la constitución de ciertos mitos, que pueden dar lugar a teorizaciones sobre el funcionamiento psíquico y familiar —El Edipo, por ejemplo—. Sin embargo, la producción deseante nunca podría reducirse a tales teorizaciones.

Para Deleuze y Guattari (1985) la producción deseante no puede reducirse a un carácter restrictivo, individual o familiar. La dimensión productiva va más allá de ese círculo primario, ya que se expande en lo social, lo político y lo económico, de allí que no corresponda usar el prefijo psi.

Lo productivo excede lo psicológico y lo individual, la dimensión productiva del deseo tiene en cuenta la existencia de conexiones múltiples, ya no sólo entre personas, sino entre

máquinas (emplazamientos productivos). Lo social produce y hace producir (de allí que se nomine como máquina social). El capitalismo (máquina capitalista) produce y su producción pone en marcha el deseo (máquina deseante). Por ello, según Deleuze y Guattari (1985), no es posible plantear una linealidad entre deseo y objeto, o entre deseo y sujeto, ya que son diversas las uniones y ensambles que se pueden trazar.

Tener en cuenta esta dimensión productiva y deseante, muestra que la libido no está precisamente localizada en un objeto o sujeto en específico. Por ejemplo, el trabajo representa, según estos autores, modalidades no concretas de expresión y localización de lo productivo, que pueden ligar la libido tanto con objetos concretos, como con los paisajes, que se componen en relación con estos objetos. Como plantea Deleuze (1996) en *El abecedario*, no se desea una mujer, un auto, o un trabajo, sino que se desea un tipo de mujer, un tipo de auto, o un tipo de trabajo. Se desea el paisaje que pone en juego determinado objeto. Un paisaje, que, a su vez, está compuesto por otros objetos que están en relación con ese primer objeto de deseo. Por ende, esto implica el paisaje de querer un objeto, a querer ese determinado objeto. Por ejemplo: esa mujer, ese auto, ese trabajo, etc.

Gracias al paisaje se establecen conexiones que presuponen lo que se va a producir en relación con ese objeto deseado, los lugares a los que se va a ir con él, o gracias a él, lo que se puede obtener, etc.

En el mismo sentido, si el objeto deseado es determinado tipo de trabajo, es oportuno considerar a éste como paisaje. Un paisaje que está ligado al sistema capitalista. Tal paisaje, si bien puede suponer para el sujeto modalidades de conexión y producción, tiende a caer, ya que el capitalismo genera cierta disociación del trabajo. La labor realizada tiende, cada vez más, a no estar directamente vinculada con quien la ejecuta, ya que el trabajo está cada vez más mediado por máquinas y se es apenas un engranaje de la máquina u otra máquina conectada a máquinas.

La máquina es un concepto/ figura que los autores ubican para explicar lo productivo y lo deseante. Estas máquinas (sean personas, instituciones, disciplinas, fábricas, maquinaria) forman parte de la máquina social; por lo cual, indudablemente, la dimensión deseante circula a ese nivel, ya que el deseo circula en conexión con los flujos capitalistas. Por lo que el deseo está ligado al modelo productivo.

Este influjo del capitalismo sobre el deseo y sus modalidades de expresión, llevan a cuestionar la perspectiva psicoanalítica, que, según los autores, limita y dispone lo deseante en

relación con el sujeto. Sin embargo, para Deleuze y Guattari (1985), si bien el capitalismo intenta capturar el deseo, este tiende a operar como una entidad autónoma, anárquica, que sigue sus propios flujos y se expresa en diversas direcciones (líneas de fuga). Por lo que, en vez de recurrir al prefijo psi, es necesario integrar esta dimensión caótica del deseo a la conceptualización teórica. De allí que sea importante hablar de un esquizo-análisis: Un análisis del deseo.

La crítica esquizoanalítica que plantean Deleuze y Guattari (1985) muestran que la interpretación psicoanalítica, guiada por el Edipo y la Castración, más que lograr explicar determinados padecimientos o funcionamientos del psiquismo, encapsula los problemas en estructuras históricas, míticas, psíquicas y familiares, a la vez que ubica al deseo como falta, o de acuerdo con relaciones objetales que jerarquizan lo familiar y se circunscriben a ello.

Como alternativa, el esquizoanálisis se propone como una corriente de pensamiento orientada a generar un efecto contrario, de desprendimiento y expansión del deseo, no de restricción. Se busca que la producción deseante no quede reducida a lo intrapsíquico o lo familiar. Para ello se propone estudiar sus líneas de expansión, sus posibilidades de existencia, su agenciamiento. La manera que el deseo produce conexiones entre seres y objetos, entre especies, entre sujetos y máquinas.

Según Deleuze y Guattari (1985), en estas conexiones deseantes ocurren procesos de territorialización, que remiten a determinada producción de sentido, así como a la expansión de la expresión y del terreno vital. También coexisten procesos de desterritorialización, que intervienen sobre las estructuras ya consolidadas, destruyendo o modificando estados de cosas. Esto obliga, necesariamente, a dar lugar a nuevas tendencias de territorialización. Tener en cuenta ambos procesos permite ver, según los autores, la realidad inmediata, así como abrir un camino que permite captar los movimientos y flujos libidinales, los procesos de territorialización y desterritorialización.

El esquizoanálisis no busca reducir su perspectiva a una tendencia familiar o intrapsíquica. Su intención es propiciar nuevas comprensiones de aquello que escapa a la regla, esto es: el deseo. Lo dicho se considera relevante para el objetivo del presente trabajo, ya que muestra la importancia de no reducir el deseo a cuestiones familiares y/o generacionales; dado que las personas están atravesadas por estructuras: económicas, laborales, políticas, sociales y educacionales que los afectan, por tanto, el malestar debe ser explicado desde una óptica amplia y no totalizante, además de ser sensible a los efectos del capitalismo.

El capitalismo, visto desde la mirada de los autores, tiene su génesis en la circulación del capital y del libre trabajador. De esta forma, se echan por tierra los antiguos regímenes de producción, así como se deslocalizan y desentrañan sus controles directos, siendo éstos, sustituidos por un sistema, que en apariencia fomenta tanto el libre comercio como el libre deseo. No obstante, esta aparente libertad genera un sentimiento de incertidumbre que afecta a la subjetividad, dado que los esquemas sociales anteriores al capitalismo ya no servirían como marco de referencia para los sujetos en este nuevo escenario capitalista.

El capitalismo aprehende, controla y reduce las formas de vivir en sociedad. Esta axiomática, según los autores, simplifica los modos en que se relacionan sujetos, objetos y máquinas, a lógicas de tipo: oferta, demanda, beneficio, ganancia, entre otras, con la finalidad de capturar el deseo. Se produce así un impacto sobre el trabajo, la familia y la propiedad, que conducen tanto a la cosificación de la vida como a modalidades de alienación social que afectan lo mental, los vínculos y producen patologías.

Para abordar lo patológico Deleuze y Guattari (1985) buscan desarrollar una política antipsiquiátrica, que parte como primer punto, de la necesidad de resignificar la locura como expresión productiva y quitarle su connotación de enfermedad mental. Como segundo punto, el esquizoanálisis propone captar los flujos esquizoides, ya no como meras expresiones de lo patológico, sino cómo la expresión de las capacidades creativas y deseantes del sujeto. El delirio, por ejemplo, muestran un trabajo sobre las ideas, las imágenes y los objetos.

Esta comprensión de la locura implica cuestionar las lógicas binarias normal-patológico/ salud-enfermedad. Al considerar el lugar que ocupa la locura en el proceso de producción es necesario problematizar aquellas concepciones patologizantes que la ubican como mero detrimento psíquico o como una pérdida de la capacidad productiva.

Dada la influencia de la sociedad capitalista, los autores reconocen que el capitalismo afecta los modos de concebir la producción, la distribución y el consumo, esto lleva a considerar a ciertos estados psíquicos como improductivos o anormales e invisibilizan el potencial creativo de la locura.

Respecto al proceso de producción, Deleuze y Guattari (1985) establecen tres sentidos que cabe mencionar: El primero, es que todo es, finalmente, producción; es así como se establece una especie de movimiento cíclico en donde la producción misma ensambla tanto al consumo como al registro de lo producido, esto a su vez, genera nuevas producciones.

El segundo sentido, es que no existe una diferenciación entre hombre y naturaleza; la esencia de ambos se encuentra en lo productivo, siendo esto el aspecto constitucional del hombre y la naturaleza. El hombre, finalmente, es una máquina (produce), tiene la posibilidad tanto de relacionarse como de fundirse con otras máquinas y con energías diferentes.

El tercer y último sentido, remite a que la producción representa y se liga al deseo.

Estos autores tienen como centro a la producción deseante, por lo que atribuyen al prefijo esquizo una connotación diferente a la patológica que se suele utilizar. Entienden a lo esquizo, no sólo como lo deseante, sino también, como lo natural y primario del hombre, no como fin en sí mismo, sino como realización de éste, ya que el deseo produce.

La producción, como proceso, deja entrever la existencia de máquinas deseantes, que ofician siempre en relación y en conexión con otras máquinas. El deseo es maquinico por que produce, da cuenta de un flujo que conecta máquinas con otras máquinas. Algunas de estas máquinas ejercen un acto de corte de ese flujo. Otras permiten dar lugar a otros flujos de conexión, en una red de interconexiones fluidas.

La manera en la que los flujos se establecen determina una forma específica de ver y concebir la realidad. Deleuze y Guattari (1985) entienden que la caracterización del objeto esquizofrénico requiere necesariamente de la comprensión del proceso de producción que le subyace. El esquizoanálisis permite así una conceptualización del objeto en donde se contemple lo histórico, lo productivo y lo social, aspectos formadores de la subjetividad, pero a su vez catalizadores del sufrimiento.

Durante el proceso productivo, las máquinas deseantes reflejan el inter-juego cíclico entre el producir y el producto. Sin embargo, puede aparecer un elemento que frena este movimiento de síntesis conectiva, el denominado: cuerpo sin órganos.

El cuerpo sin órganos aparece en El Anti-Edipo como un concepto/figura que se utiliza para referir a la imagen de una pausa, un detenimiento, un momento que hace pensar que nada más funciona. Un momento donde parece haber un cuerpo sin vida, pero que, sin embargo, es constitutivo de las máquinas deseantes, porque ninguna máquina funciona a la perfección. Esta anti-producción derivada del cuerpo sin órganos es necesaria en el proceso de producción, porque lo improductivo se materializa y es parte del proceso de producción.

Deleuze y Guattari (1985) describen a las máquinas deseantes como aquello factible de ligaduras, asociaciones y conexiones. En contraposición, al cuerpo sin órganos que muestra

estadios de desorganización, de ausencia de estructura o de flujo. Tal contraposición puede derivar un conflicto entre ambos, que da lugar a la denominada: máquina paranoica. Esto ocurre cuando la máquina deseante penetra al cuerpo sin órganos y éste siente ese accionar como una amenaza, como un elemento persecutorio.

Las máquinas paranoicas, entonces, de acuerdo con Deleuze y Guattari (1985), tienen su origen en esa pugna entre las máquinas deseantes como proceso de producción y los cuerpos sin órganos como pausa de no producción.

Lo mencionado anteriormente permite a los autores abrir camino hacia una comprensión sobre las formas de producción social. Lo social siempre incluye un aspecto no productivo, un cuerpo sin órganos que captura al deseo y que se puede identificar con el *socius*; esta matriz, además de ser fundamental para el proceso de producción, puede identificarse con el capital.

Este *socius* plasma algo ya dado que no solo abarca lo productivo, sino que lo trasciende. El capitalismo refleja un *socius* que conforma la base para la perpetuación de ciertas dinámicas de producción, reproducción y autoproducción, que intervienen y dirigen las máquinas deseantes. De esta manera, el capital actúa como catalizador del deseo y a la vez, desvaloriza todos los componentes del proceso de producción, incluida la mano de obra. Esto da la impresión de que no existen eslabones intermedios en la cadena de producción, ni trabajo humano; sino que todo deriva del capital.

Esta coyuntura refleja una situación en donde capital y productividad no solo muestran correlatividad, sino que también esconden los ensambles productivos, en particular el aspecto maquínico-humano que allí se engendra.

Para dar luz a este aspecto humano y maquínico, gran parte de la obra de Deleuze y Guattari (1985) manifiesta una clara crítica hacia ciertos aspectos del psicoanálisis. La postura que promueven pretende identificar al deseo como un potencial productivo y reproductivo de lo real y no simplemente como un elemento abstracto que simboliza una falta o carencia. De esta manera entender al deseo como falta, invisibiliza su capacidad para generar conexiones, producciones y necesidades.

Según los autores, el deseo visto como falta da una apariencia equívoca de que éste no puede crear nada productivo; por el contrario, el deseo está en lo real y es capaz de producir en el sujeto. De esta manera, no es el deseo quien refleja directamente ese déficit, sino que es el

constructo social o en palabras de los autores, la “organización molar” Deleuze y Guattari (1985) la que no da lugar al deseo, le remueve su posibilidad de emerger en lo real productivamente.

En relación con lo patológico, estos autores abogan por una comprensión más amplia de lo esquizofrénico, descentrada de la figura del yo y que trascienda las etiquetas patológicas que derivan en pena o repudio.

En cambio, no solo conciben a la locura como producción, sino que también consideran lo histórico, lo económico y lo social, atravesado por la naturaleza esquizofrénica del deseo. De esta manera, la esquizofrenia ya no es un cuadro clínico, sino que expresa una serie de movimientos y entrecruzamientos en donde, tanto lo económico como la histórico y lo social tienen su lugar.

Pese a lo mencionado, el capitalismo ejerce un influjo jerárquico sobre la producción y reproducción de determinadas modalidades de patologías sociales colectivas, que exceden a lo individual.

Para Deleuze y Guattari (1985) la clase hegemónica perpetúa la carencia y reduce al deseo al lugar de falta, en lugar de considerarlo como posibilidad. De esta forma, se establece una modalidad en donde la anti-producción —derivada de la clase dominante— interviene sobre las fuerzas productivas y manipula lo que allí se desarrolla.

Bajo la lógica de la falta se consolida un control sobre los cuerpos, que por influjo del capitalismo organiza los cuerpos bajo el binomio riqueza/ escasez, por lo que el deseo solo tiene su lugar en relación con la producción; el deseo se confunde con la falta. Por ello emerge el deseo de no empobrecer, deseo de no escasez.

Al mismo tiempo, las máquinas deseantes y las máquinas sociales dan lugar a fantasmas colectivos. Estos fantasmas son la determinación de concepciones y mitos (cómo Edipo) que, además de producir efectos, conducen procesos tanto de represión y reproducción como revolucionarios.

Bajo estos fantasmas, la circulación de los flujos de capital, del trabajador y de los medios de producción da lugar a determinados modos de presentación de las relaciones sociales, en la que Edipo se presenta como un modo fantasmático de presentar las relaciones productivas en la interna familiar.

El mito de Edipo, según los autores, revela que los elementos mencionados (el soberano, los ciudadanos y los medios de producción) estaban orientados al goce y consumo de una clase

específica. Aunque este mito encuentra su expresión moderna en la teoría psicoanalítica, no logra dar cuenta plenamente de las complejas relaciones sociales.

El capital organiza modos de subordinación que además de reproducirse familiarmente también impactan sobre el trabajo y sus agentes. Es así como el trabajador bajo lógicas de producción capitalista no puede ser consciente de su producción, ni del producto que allí se gesta. Los circuitos capitalistas obligan al obrero a ser un simple espectador de lo que se crea, a la vez que lo incapacita a tomar contacto con el producto final de manera inmediata; producto que además se encuentra inmerso en un incesante movimiento de creación de capital e inversión.

Como ya se ha expuesto, Deleuze y Guattari (1985) explican los flujos capitalistas mediante procesos de codificación y territorialización, así cómo, de descodificación y desterritorialización. Estos movimientos implican, de alguna manera, descomprimir los viejos órdenes e intervenir sobre aquellos códigos establecidos. Estos movimientos no son ingenuos, dado que tienen como objetivo conquistar los recursos, bienes y dinero, para abstraerlos y orientarlos a sus fines. Así mismo, se apropian de la integridad e identidad de las personas en su capacidad deseante, subjetiva y laboral.

En cuanto al capitalismo, las referencias y los puntos de anclaje se diluyen, no solo en relación con la economía, sino que también afectan la vida en sociedad y los vínculos que allí se imprimen.

El capitalismo permite la emergencia de flujos esquizo y caóticos, que circulan e integran a las ciencias y sus saberes, a lo creativo y a lo artístico; pero a la vez, producen sujetos enfermos.

De esta manera —por un lado— validan y reproducen, aquello que —por otro lado—, condenan y aíslan. Un ejemplo de esta articulación entre ciencia, creatividad y mercado es la creación de las patologías, como si fuesen artículos de consumo. Artículos que no solo mueven la industria farmacéutica, sino que, además ubican a ciertos sujetos en el lugar del desvalido. Es así como el propio sistema capitalista hace germinar estas modalidades de existencia que luego, condena, reprime y controla.

En relación con el trabajo, este no escapa tampoco a tales modalidades de incentivo-opresión. Si bien las formas productivas actuales posibilitan y estimulan mayores grados de libertad y autonomía —en apariencia—, a la vez, conducen a los sujetos hacia una auto

explotación y auto regulación de su trabajo en pro de agilizar y maximizar el rendimiento. El trabajo presenta, entonces, una máscara de creatividad y autorrealización, que, por debajo, esconde presión y malestar psíquico. Todo esto perpetuado por un sistema orientado al rendimiento.

Modos de intervención desde el esquizonálisis.

En la segunda parte del capítulo se propone indagar los modos de intervención propuestos desde el esquizoanálisis, para ubicar posibles modalidades de intervención terapéutica. Frente a ello, cabe advertir que Deleuze y Guattari (2004) no elaboran prescripciones clínicas ni brindan indicaciones fijas de como intervenir en psicoterapia. Sin embargo, es interesante notar que en los libros *El Anti-edipo* y *Mil Mesetas* se introducen una serie de conceptos que podrían favorecer intervenciones psicoterapéuticas, aun cuando el esquizonálisis no pretende, ni puede reducirse a una psicoterapia. Según Gambini (2013) ante cualquier intervención conviene delimitar la cartografía de los planos de segmentaridad que determinan la subjetividad, la vida cotidiana y las modalidades de sufrimiento.

Entre los planos de segmentaridad, es posible delimitar los lazos relacionales entre la segmentaridad: binaria, circular y lineal.

La segmentaridad binaria remite a la cartografía de las relaciones sociales e indica los modos en que los sujetos están posicionados en el conjunto de las relaciones sociales. Se pueden visualizar entonces, los roles adjudicados en forma pre-establecida, así como, cuales asumen, cuales padecen y cuales se resisten u oponen. Deleuze y Guattari (2004).

La segmentaridad circular permite cartografiar los acoplamientos/superposiciones de determinados niveles de relación y de circulación social, que incluyen el círculo familiar, social, educativo, laboral, entre otros. Esto permite ver, en cada sujeto, los niveles de territorialización y desterritorialización, así como sus implicancias, al pertenecer a diferentes círculos y forjar diferentes relaciones (amorosas, familiares, laborales, etc.) Deleuze y Guattari (2004).

Finalmente, la segmentaridad lineal según Deleuze y Guattari (2004) permite mostrar procesos diacrónicos de continuidad, crecimiento, aprendizaje, evolución, entre otros. Los cuales están organizados por pautas formativas y productivas —un ejemplo de esto es la educación y el trabajo— que les indican a los sujetos ciertos pasos a seguir, así como establecen demandas a su participación. Esto obliga al sujeto a establecer nexos más fuertes en ciertos segmentos (en el trabajo, en lo educativo, por ejemplo) con detrimento o exclusión de otros (en lo vincular, lo amoroso, por ejemplo). Estos procesos hacen que los sujetos queden atraídos por las demandas

de un determinado polo de producción —la oferta educativa o el mercado laboral— que conduce a modos de sujeción, bajo ciertos mandatos que exigen y estimulan como se debe ser, así como que recorrido vital se debe tener desde que se nace hasta que se da la independencia.

Cartografiar la articulación de los planos de segmentaridad —ya mencionados recientemente— permite conocer la posición del sujeto y de su sufrimiento; a partir de lo cual puede delinearse una posible intervención terapéutica. Para esto, también es necesario tener en cuenta como se expresan las líneas de circulación del sujeto en estos planos de segmentaridad. Según Deleuze y Guattari (2004) estos son: (i) Los vínculos (lazos filiales, de amistad, de trabajo, etc.) los cuales determinan específicas modalidades de interacción. (ii) Los aparatos de Estado, que favorecen procesos de identificación con normas, reglas sociales y actividades; además de dar lugar a una sobrecodificación de la forma de vida, así como a procesos de territorialización, desterritorialización y territorialización que establecen determinadas modalidades de organización, relación y estructuración social. Finalmente (iii) la máquina de guerra, que representa los movimientos de resistencia y lucha que interpelan los regímenes dominantes; esta máquina hace emerger líneas de fuga, que favorecen la desterritorialización de los lazos que producen sufrimiento, a la vez que descodifican los modos de relación establecidos. De este modo es posible desarticular los modos de sujeción para habilitar otras formas de vivir, así como de interpretar el socius y lo político.

Pese a que la noción de Máquina de Guerra podría, en primera instancia asemejarse a un concepto de lucha —que en parte lo es—, también es capaz de propiciar un camino terapéutico.

Deleuze y Guattari (2004) no atribuyen una connotación negativa ni positiva a ningún plano de segmentaridad en específico, así como tampoco a las líneas de circulación del sujeto. Es por esto fundamental, cartografiar las conjunciones entre estos planos y líneas, ya que son productoras de efectos sobre el sujeto. De acuerdo con los autores, estos efectos son cuatro y es necesario analizarlos para posibilitar así transformaciones subjetivas:

El primer efecto que los autores Deleuze y Guattari (2004) destacan es el miedo a la pérdida. Este miedo les impide a los sujetos animarse a desterritorializar ciertos círculos (un trabajo alienante, por ejemplo). Esto promueve el aferrarse frente a aquello que, aparentemente les constituye y oficia como aspecto formador en sus vidas. Lo anterior, demuestra que lo que fija al sujeto, opera como una organización molar. Tal organización está integrada por códigos, normas, signos, mitos, valores y discursos de todo tipo, que determinan al sujeto, bajo un único

y determinado campo de acción. Como efecto de esto, surgen respuestas rígidas por parte de los sujetos y un esfuerzo por amoldarse/someterse para evitar el descontento que les produce este contexto. Estas respuestas rígidas, no solo involucran al sujeto, sino que, además, generan lazos intersubjetivos donde dichas lógicas se reproducen. Por esto, a nivel terapéutico, se puede animar al sujeto a experimentar otros modos de existencia, como modo de reducir y eliminar este miedo.

El segundo efecto que analizan Deleuze y Guattari (2004) es la claridad —que a nivel visual y sonoro— permite al sujeto evidenciar agujeros que hasta el momento no pudo percibir en su vida, en el trabajo, en las relaciones, entre otros. Estas zonas a la que se les ofrecen luz marcan ciertas discontinuidades en los patrones o segmentos duros molares, que encuadraban o limitaban al sujeto.

La claridad de acuerdo con Deleuze y Guattari (2004) hace emerger constructos moleculares dentro de los molares ya existentes; esta flexibilidad que deriva de la claridad y puede ser efecto del análisis, es capaz de devenir rígida o de favorecer micro rigideces en las formas que tiene el sujeto de relacionarse con el núcleo familiar, social, educativo, laboral y comunitario; por lo que es importante, interrogar estas tendencias.

El tercer efecto que debe analizarse es lo que Deleuze y Guattari (2004) llaman el ejercicio del poder, el cual puede ejercerse y perpetuarse no solo a través de diferentes actores, sino también en diferentes planos. Lo cual da lugar, por ejemplo, a regímenes totalitarios o de aislamiento, que rigidizan los segmentos y sus relaciones por medio de líneas duras, modos de opresión y control de las fuerzas tanto creativas como productivas.

Finalmente, el cuarto efecto para tener en cuenta que traen Deleuze y Guattari (2004) es la emergencia de líneas de fuga. Las cuales, si bien pueden favorecer movimientos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización, conducen, de un modo u otro, a la vivencia del cuerpo sin órganos. La cual debe según Gambini (2013) ser tomada en cuenta a nivel terapéutico.

Para Deleuze y Guattari (2004) el cuerpo sin órganos es una morada. “En él dormimos, velamos, combatimos, vencemos y somos vencidos, buscamos nuestro sitio, conocemos nuestras dichas más inauditas y nuestras más fabulosas caídas, penetramos y somos penetrados, amamos” (p. 156). De acuerdo con los autores, el cuerpo sin órganos refleja un horizonte de posibilidad y de acción. Es en él donde se experimenta el deseo, pero también es en donde invade un no-deseo, es decir aquello que lo trasciende y lo agobia. Esto incluso puede

llevar a rechazar/afectar lo vivido en el cuerpo, por ejemplo: un cuerpo hipocondríaco, donde existe una vivencia de que los órganos se destruyen; un cuerpo paranoico, que ve investido sus órganos por fuerzas externas; un cuerpo drogado, que busca silenciar a los órganos, entre otros.

El análisis de la relación órganos-cuerpo indica el funcionamiento del cuerpo sin órganos. Mediante esto es posible generar líneas de intervención que tengan como propósito acceder al cuerpo sin órganos, para así materializar ciertos ámbitos de posibilidad y promover además la experimentación del sujeto.

Lo descrito sobre la experimentación vuelve a introducir la posición activa del deseo, cuya expresión puede estar presente en el trabajo terapéutico, ya que se habilita al sujeto a habitar y reavivar el cuerpo sin órganos.

Deleuze y Guattari (2004) adjudican al cuerpo sin órganos un campo de inmanencia, recorrido por fuerzas y tensiones; así como por el deseo, que oficia como un fin en sí mismo. Este campo de inmanencia, a su vez, está atravesado por el influjo del campo social, político, científico, económico, que se unen y provocan en determinados casos ciertos grados de desterritorialización de lo instituido.

Ahora bien, a pesar de que la metáfora del cuerpo sin órganos implica comprender el cuerpo como un vacío donde se experimentan los órganos. Tal cuerpo no es reducible al cuerpo físico, ya que si se contempla como están formadas las estructuras tanto estatales como políticas, económicas y laborales —entre otras—, el esquizoanálisis se propone también desmantelar las modalidades rígidas organizacionales; que reflejan una forma única de concebir la existencia y que ubican a los sujetos en determinados lugares fijos. Visto de esta manera, tal organización muestra órganos sedimentados bajo determinados procedimientos que no representan la esencia del cuerpo sin órganos; así Deleuze y Guattari (2004) enuncian que se está en un “Combate perpetuo y violento entre el plan de consistencia, que libera el CsO [cuerpo sin órganos], atraviesa y deshace todos los es-tratos, y las superficies de estratificación que lo bloquean o lo repliegan.” (p.164).

Este combate, muchas veces integra la dimensión del trabajo, ya que el análisis y la estimulación del cuerpo sin órganos implica —entre otras cosas— hacer frente a una serie de lineamientos laborales impuestos que contemplan: el horario de trabajo, el espacio físico, el salario, las tareas, los reglamentos, las pautas de convivencia, entre otros. Tales lineamientos, pueden ser, por ejemplo, parte integrante de los órganos que constituyen un cuerpo en una institución, frente a lo cual el cuerpo sin órganos debe lidiar. Sin embargo, a veces el trabajo

logra agenciar flujos deseantes y creativos, mediante los cuales los sujetos experimentan modalidades de expresión, o, incluso, pueden reconfiguran los efectos de estos regímenes impuestos e impulsar nuevas configuraciones.

El trabajo impacta en la vida de las personas tanto en lo que para ellos significa, como en el valor que éstos le adjudiquen; valor que, a su vez, puede o no estar alineado con lo aceptado socialmente.

Finalmente, el trabajo, como actividad humana con capacidad dignificante —si se alcanza—, refleja una determinada construcción identitaria en donde los sujetos construyen su subjetividad en relación con el rol que tienen en el ámbito profesional, así como en tantos otros ámbitos. Esta identidad indudablemente está atravesada por juegos de poder, que definen que es válido y digno para un sujeto.

Registros semiótico-maquínicos y Capitalismo Mundial Integrado

En la tercera y última parte del presente capítulo resulta conveniente recuperar el pensamiento de Deleuze y Guattari, con especial énfasis en la dimensión maquínica y deseante, así como en la crítica que hacen a la noción tradicional de sujeto. Esto permitiría profundizar sobre los flujos deseantes y productivos que los autores abordan, sin perder de vista el contexto de un Capitalismo Mundial Integrado que es generador de efectos sociales, políticos, culturales, económicos y subjetivos.

El capitalismo, desde su surgimiento, ha impuesto progresivamente diferentes y novedosos modos de producción, así como determinadas formas de ser y estar en el mundo. Esto no solo situó a los sujetos en un nuevo escenario, donde los marcos de referencia previos resultaron insuficientes para comprender las dinámicas emergentes, sino que también impactaron en la organización del trabajo, los vínculos y sobre las “diferentes funciones de signos, discursos y saberes” Lazzarato (2012, p.713) los cuales además continuaron desarrollándose en la sociedad contemporánea.

En este sentido, resulta relevante profundizar en lo expuesto por Lazzarato (2012), quien retoma la distinción planteada por Deleuze y Guattari entre las semióticas significantes y asignificantes. Según el autor, estas semióticas posibilitan analizar no solo las dinámicas de lo signifiante, discursivo y verbal, sino también aquello que precede al lenguaje y a todo posible campo representativo.

Según Lazzarato (2012) las semióticas significantes son aquellas que tienen la capacidad de representar y dar significado, tal como sucede con el lenguaje. Estas semióticas producen al sujeto y al yo, además de definir individuales, subjetividades y roles sociales. En contraste, las semióticas asignificantes refieren a lo maquínico y no buscan representar ni producir significado, éstas son por ejemplo “los signos monetarios o bursátiles, los lenguajes informáticos que hacen que las máquinas funcionen, o numéricos de producción de imágenes, sonidos e información, las ecuaciones, las funciones, los diagramas de la ciencia, la música, etc.” Además, las semióticas asignificantes activan y conectan los “afectos, emociones y percepciones” (Lazzarato ,2012, p. 713) bajo una lógica y un orden que estaría orientado por el capital.

La semiótica significativa estaría expuesta en el primer capítulo de este trabajo y es un tipo de registro que Honnet (1997, 2009) resaltaría en sus obras. Esta semiótica puede notarse, por ejemplo, en lo vinculado al reconocimiento intersubjetivo. En cambio, la semiótica asignificante —además de ser la más desarrollada por Deleuze y Guattari— es aquella que trasciende la dimensión representacional. Esta semiótica da cuenta de los elementos presubjetivos,¹ preindividuales² y transindividuales que atraviesan el entramado social, sin depender de un sujeto específico localizable. En este nivel más profundo y menos consciente, se despliegan, acoplan y confluyen distintos elementos (Deseantes, afectivos, tecnológicos, económicos, etc.) que operan como componentes maquínicos y que además se encuentran a la luz de un sistema capitalista.

De acuerdo con Lazzarato (2012) “Si las semióticas significantes tienen una función de alienación subjetiva, de “sometimiento social”, las semióticas asignificantes tienen una función de “servidumbre maquínica” (p.717). El autor utiliza la analogía del funcionamiento de los componentes eléctricos de un electrodoméstico, para explicar cómo operan las semióticas asignificantes. Desde esta perspectiva, los afectos y las emociones son elementos pre-verbales que no recorrerían una significación consciente y son capturados por sistemas maquínicos (como la máquina del capital) que regulan su flujo y actúan sobre lo más esencial de la subjetividad.

¹ Lo presubjetivo remite a que no existen procesos individuales, ya que, por ejemplo, la producción del pensamiento no puede ser atribuida al genio de fulano o de mengano, puesto que para Deleuze no hay un sujeto que instaure, por sí mismo el plano. “Sujeto”, como si esto solo fuera efecto de su pensar exclusivo.

² Lo “pre individual” indicaría un distanciamiento de la comprensión que considera a la naturaleza en términos individuados. Al mismo tiempo pone en entredicho la idea de que el individuo es el “resultado” de un principio de individuación, como si este fuera el punto culminante, jerarquizado, de ese proceso.

Comprender ambas semióticas como registros que coexisten en las formaciones sociales, permite una comprensión más integral, tanto los efectos del reconocimiento intersubjetivo (bajo un plano significativo) como de los los procesos maquínicos, bajo un plano asignificante.

De acuerdo con Botto (2011), la noción de máquina —según la perspectiva de Deleuze y Guattari— comprende tanto lo técnico como lo viviente. En este orden de pensamiento, la máquina no debe reducirse a lo humano, ya que, si bien lo incluye; lo maquínico es la expresión de un campo de producción donde confluyen diferentes y múltiples componentes, no solo lo vivo. En este sentido, se describe a la máquina como un “modelo ontológico de producción” (p. 206).

Según Botto (2011), Deleuze y Guattari conciben al humano como una maquinaria compleja que se compone por otras máquinas de diversos orígenes, con las que, además, se interrelacionan. Este tipo de acoplamientos maquínicos pueden observarse incluso hasta en las acciones cotidianas más sencillas, como cuando el individuo entra en contacto con otras máquinas para ejecutar determinadas tareas o funciones (por ejemplo: utilizar maquinas tecnológicas en determinada labor). Así mismo, las máquinas con las que la persona interactúa muchas veces implican haber sido producidas por otras máquinas. Esto da cuenta de un constante proceso productivo, en donde para la concreción de determinada acción intervienen y se fusionan multiplicidad de máquinas técnicas, humanas, deseantes, entre otras.

Conforme a lo señalado por Botto (2011), para Deleuze y Guattari las máquinas suponen flujos y códigos. Por un lado, las máquinas implican diagramas de flujos continuos que ejercen una acción de corte cuando interactúan con otra máquina, al mismo tiempo, esa conexión entre máquinas implica nuevos flujos de producción. Por otro lado, las máquinas son portadoras de códigos que se inscriben y se transmiten internamente, pero también habilitan el intercambio y vínculo con otras máquinas.

En este contexto, Botto (2011) retoma la problemática que abordan Deleuze y Guattari acerca de cómo concebir la conformación del individuo y su personalidad, la cual —como ya puede advertirse— es el resultado de un proceso productivo y deseante. Es en dicho proceso en el cual, además, intervienen y se ponen en juego dinámicas maquínicas. Sin embargo, la producción deseante no tiene como epicentro al individuo sino lo maquínico, que en el capitalismo tiene una influencia importante.

En función de lo mencionado anteriormente, se entiende que para plasmar el interés por la dimensión maquinaica, es preciso presentar algunos aspectos de Capitalismo Mundial

Integrado, ya que es en donde lo maquínico se ilustra de manera ejemplar. Para ello se seleccionarán solo aquellos aspectos que podrían estar más en relación con el ámbito del trabajo.

Según Guattari (2006) el capitalismo contemporáneo, considerado como “Capitalismo Mundial Integrado” (p.57) ejerce un movimiento de desterritorialización que arrasa con lo previamente instituido. Asimismo, no cesa de recomponerse desde una axiomática que es funcional a los avatares económicos, políticos, culturales y sociales, lo que demuestra su flexibilidad y capacidad de controlar tanto las “formaciones de poder” (p. 58) como los medios de producción.

Bajo la óptica de quien escribe, se podría pensar que —en el marco del Capitalismo Mundial Integrado— la organización del trabajo y los diferentes ámbitos de ejercicio profesional, han sido testigos de profundas transformaciones. Un ejemplo de cómo se configura el poder bajo estas nuevas modalidades, podría visualizarle en la figura actual del emprendedurismo, que desdibuja los roles tradicionales de jefe/empleado y promueve entre los sujetos un mismo lema: ser tu propio jefe. En este sentido, el sujeto puede creer que es libre al no tener un superior directo; sin embargo, detrás existiría una axiomática del Capitalismo Mundial Integrado que se reconfigura en función de estas nuevas formas de organización del trabajo. Esto podría dar cuenta de específicos movimientos moleculares e inconscientes, donde el sujeto cree encontrarse fuera de los lineamientos del capitalismo, pero en verdad este sigue reconfigurándose sobre la vida social para sostener su lógica e impactar también sobre la dimensión subjetiva.

Según Guattari (2006) el Capitalismo Mundial Integrado apela a una uniformidad de las subjetividades, es decir, el capital imprime sobre las formas de vida maneras concretas de expresión, las cuales son interiorizadas por los individuos hasta en sus aspectos más personales e individuales “La subjetividad se ve, por así decirlo, nacionalizada” (Guattari, 2006, p.90).

Respecto a las transformaciones que el Capitalismo Mundial Integrado ejerce sobre los modos de producción, Guattari (2006) utiliza el término “integración maquínico-semiótica”, para describir un proceso de producción, que no solo coloca a disposición “máquinas técnicas” (conocimientos y/o saberes técnicos); sino también “máquinas deseantes” (motivación, vocación, interés, emociones, etc.) y “máquinas semióticas” (p.59) (signos, lenguajes, modos de relacionamiento, etc.)

En suma, según sostiene Guattari (2006):

El CMI favorece las innovaciones y la expansión maquínica sólo en la medida en que puede recuperarlas y consolidar los axiomas sociales fundamentales sobre los cuales no puede transigir: un cierto tipo de concepción del «socius», del deseo, del trabajo, del tiempo libre, de la cultura, etc. (p.60)

Conforme al análisis de quien redacta, de acuerdo con lo expuesto se podría inferir que el trabajo como actividad se encuentra dentro de un sistema que captura las diferentes máquinas (técnicas, deseantes, semióticas) y conduce sus flujos de acuerdo con determinadas lógicas, en este caso, lógicas afines al Capitalismo Mundial Integrado.

De acuerdo con Guattari (2006), el capitalismo, desde un tiempo a esta parte, ha desplegado su accionar mediante mecanismos de control que engloban otros espacios sociales o actividades no exclusivamente económicas. Según Guattari (2006) estos espacios que empieza a captar refieren —por ejemplo— a los sectores de actividad y de producción subordinados, así como actividades que se encuentran en el orden de lo cultural, de lo deportivo, entre otros.³

Desde la perspectiva de quien escribe, el Capitalismo Mundial Integrado ya no se centrará en aquellos espacios económicamente más rentables, sino que se expande hacia otros ámbitos de producción hasta entonces relegados o marginados. La expansión, totalización y globalización del Capitalismo Mundial Integrado tendería a capturar todas las esferas de la vida humana, así como las distintas actividades en que se expresan dinámicas del orden de lo laboral.

En línea con lo anterior, Guattari (2006) explica que, al insertarse en el mundo laboral, el trabajador se incorpora a relaciones de producción maquínicas/capitalistas que trascienden el simple intercambio de fuerza de trabajo por un salario y tiempo determinado. Asimismo, de acuerdo con Guattari (2006) el trabajador se integra a una “secuencia maquínica” (p.59) en la que, según este autor, aunque la persona no se encuentre produciendo laboralmente, sigue en vínculo con circuitos económicos, tecnológicos y/o servicios que ofrecen valor al mercado, lo que indirectamente perpetúa lógicas del orden de lo mercantilista y capitalista. Guattari (2006) define a esto como “actividades financieramente improductivas, pero económicamente recuperables” (p.59).

³ Este es un ejemplo que el autor utiliza para dar cuenta de los cambios que se pueden observar en los sistemas de producción que emergen del Capitalismo Mundial Integrado (Guattari, 2006, p.58).

En este mismo orden, Guattari (2006) argumenta que el capitalismo promueve una sociedad con un sistema basado en un modelo de intercambio económico, es decir que, todo aquello que no se pueda traducir en términos monetarios y comerciales no sería considerando valioso.

Conforme con Guattari (2006), se podría decir que el Capitalismo Mundial Integrado impone una semiótica que captura a las personas con el objetivo de que se ajusten y participen progresivamente en los modos de producción contemporáneos.

En este sentido, cabe mencionar la siguiente cita:

La traducibilidad general de los modos locales de semiotización de poder no depende, por lo tanto, sólo de dispositivos centrales, sino de «condensadores semióticos» adyacentes al poder del Estado o que dependen directamente de éste o que tienen como función esencial la de hacer que cada individuo asuma los mecanismos de control, de represión y de modelización del orden dominante. (Guattari, 2006, p.91)

En concordancia con los aportes de Guattari (2006), se podría decir que el trabajo es uno de los ámbitos en los cuales las luchas de intereses cobran relevancia. De acuerdo con lo abordado por dicho autor, si bien los sindicatos operan desde siempre como agentes principales de cambios laborales y económicos, no dejan de estar subordinados a un Capitalismo Mundial Integrado, al que en ocasiones le pueden ofrecer condescendencia. Por lo cual, en opinión de quien escribe, el malestar subjetivo de una sociedad que se manifiesta, por ejemplo, en el ámbito laboral y se refleja en el sentimiento de validación/autorrealización individual de cada sujeto, no puede ser abordado exclusivamente por ciertas voces representantes (como los sindicatos) o por un determinado sistema de gobierno, ya que es necesario contemplar las contradicciones que surgen en este contexto desde criterios flexibles, móviles y adaptativos. Contradicciones que también son la expresión de flujos maquínico semióticos, deseantes e inconscientes, capturados por el Capitalismo Mundial Integrado.

Reflexiones finales

A lo largo de la presente monografía se ha procurado mostrar como el trabajo posee una dimensión para la constitución subjetiva, en particular para la forma de vida en la medida en que posibilita cierto reconocimiento social. Al mismo tiempo, tratándose el trabajo de una actividad que puede implicar un factor de alienación puede también estar ligado a la emergencia de patologías del orden de lo social.

De acuerdo con lo expuesto por Mesquita Sampaio de Madureira (2009) existen diferentes modos de autorrealización en las personas, los cuales pueden ser reconocidos o ignorados por la sociedad. Lo dicho es conceptualizado por Honneth (2009) bajo la nominación forma de vida, en la que el trabajo como actividad es uno de sus componentes; este autor entiende al reconocimiento como promotor de ciertos niveles de realización personal y al no reconocimiento, como una desvalorización y menosprecio de la persona, por ejemplo, en su capacidad productiva y laboral.

Según Honnet (1997) el menosprecio que se ejerce sobre un individuo puede afectar a la subjetividad mediante tres vías diferentes: la primera refiere al daño sobre la integridad física del sujeto, es decir a su cuerpo físico; la segunda expresa un perjuicio sobre la integridad del sujeto jurídico, portador de derechos y obligaciones; la tercera da cuenta de la afectación sobre el honor y el estatus que posee la persona. Estas tres modalidades de menosprecio podrían promover entre los sujetos ciertas luchas por el reconocimiento y ser localizables por ejemplo en las dinámicas laborales. El trabajo como actividad permite visualizar las dinámicas de reconocimiento existentes, las cuales de acuerdo con Honnet (1997) implican reciprocidad e intersubjetividad para sostenerse e impulsar la realización personal; es decir que siempre se necesita de un otro que reconozca el valor de su semejante.

En relación con lo anterior Kojève (2013) también traza una asociación entre trabajo y reconocimiento. El autor —sirviéndose de los aportes de Hegel— muestra como el trabajo implica dos interesantes movimientos: por un lado, el individuo modifica y destruye la naturaleza dada para construir un mundo humanizado y artificial a su servicio o al servicio de otro; por otro lado, ese proceso de modificar el entorno implica una transformación y creación del YO del sujeto, genera efectos sobre éste, es performativo. Tales efectos están atravesados también por la dimensión deseante, ya que el mundo se modifica en función de las necesidades y deseos, así como también, en relación con los deseos y el reconocimiento de otros, por lo que el reconocimiento nuevamente implica lo dialéctico e intersubjetivo.

Es importante señalar que, el trabajo como una dimensión constitutiva de la forma de vida, puede ejercer influencia sobre las modalidades de reconocimiento y de no reconocimiento. A su vez, cuando el sujeto modifica la naturaleza mediante su esfuerzo productivo, también se modifica a sí mismo: se constituye, se forma y se educa. Este proceso productivo se puede encontrar guiado tanto por el deseo individual como por el de los demás. Finalmente, lo deseante se articula en las formas en que se establecen los vínculos sociales e intersubjetivos, así como en las dinámicas de luchas por el reconocimiento.

Al abordar el tema productividad es oportuno rescatar el pensamiento de Marx (1968) con relación al capitalismo. El trabajo como proceso productivo ubica al sujeto —según el autor— como parte de dicho proceso, sin embargo, señala que esta participación no se establece de forma activa de modo que posibilite al individuo cierto grado de expresión, creatividad y autorrealización; por el contrario, el sujeto generalmente es utilizado y su participación se reduce frecuentemente a conseguir determinado fin, el cual no siempre acompaña los intereses y deseos personales que el trabajador tiene, por lo que se aleja paulatinamente de lo que produce, se aliena del objeto. Por ejemplo, el fin capitalista tiende a ser la acumulación de riqueza/capital a cambio de la explotación de la fuerza de trabajo humana.

La alienación es un concepto clave en la teoría de Marx (1968) a través de la cual muestra cómo los vínculos de producción entre el sujeto y el objeto se disuelven hasta el extremo en que quien produce pierde control sobre lo que ha creado, ya que el objeto, en algunos casos, parece adquirir una autonomía. Es así como la relación de posesión sujeto/objeto se invertiría, de manera que el obrero se ve sometido tanto por la producción como por el objeto.

De alguna manera, se podría pensar que las modalidades de producción capitalistas/mercantilistas expuestas por Marx (1968) no le permitirían al sujeto significar su valor productivo ni sus cualidades particulares como elementos importantes para el proceso de producción, por lo que no son reconocidos.

En este escenario capitalista —que según Marx (1968) oficia como reproductor de ciertos ideales de valoración y de reconocimiento que guían el accionar humano— el sujeto paradójicamente puede sentirse reconocido por obtener un salario justo —si es que lo llega a tener—, pero al mismo tiempo, tiende a insertarse en una modalidad de trabajo alienante. Esto le impide un reconocimiento de sus aspectos productivos asociados a la creatividad, lo emotivo y lo humano.

Cuando la dimensión productiva del sujeto es denegada, ello produce sufrimiento, máxime cuando el contexto específico histórico, económico, social y político favorece el no reconocimiento del sujeto. Por ello, se considera necesario a lo largo de esta reflexión, profundizar respecto a la incidencia que tiene el trabajo en la vida de las personas como elemento configurador de la subjetividad humana.

El individuo, como ser social, está inserto —conforme a lo planteado por Safatle et al. (2018)— en un conjunto normativo y valorativo, que conduce su comportamiento y accionar bajo determinados parámetros, cargados por elementos afectivos que le dan sentido. Dichos parámetros pueden condicionar las opciones y elecciones que el sujeto tiene a su disposición, por ejemplo, pueden afectar las posibilidades de acceder, o no, a determinado nivel educativo o actividad laboral/profesional. Del mismo modo pueden influir en la autorrealización del sujeto, así como también en el reconocimiento social. Lo afectivo opera en esta relación intersubjetiva, en la que media lo normativo y lo moral, por lo que la interiorización de lo social causa efectos en los modos de expresión de los sentimientos que un sujeto tiene para sí y en relación con lo demás.

Lo subjetivo e inter-subjetivo cobran relevancia en el desarrollo de patologías sociales, especialmente en aquellas donde el sujeto no se siente reconocido como un agente capaz de acceder a determinado estatus social o de ser productivo.

Cabe la reflexión que, si bien el trabajo ha oficiado a lo largo de la historia como un pilar fundamental para el desarrollo de la sociedad, la familia y el sujeto -además de ser un eje estructurador que trasciende su connotación puramente económica-, éste puede incidir en la emergencia del sufrimiento.

Las nuevas formas de ser y estar en el mundo —las cuales no le escapan al trabajo como actividad— son muchas veces generadoras de patologías sociales, además de poder influir sobre las decisiones que el sujeto toma al momento de buscar cierta satisfacción, reconocimiento y autorrealización personal. Estas patologías a su vez no son ajenas a la presión que ejerce la publicidad y la industria farmacéutica, la cual tiende a prometer óptimos niveles de rendimiento físico e intelectual, al ofrecer en el mercado y colocar al alcance de los individuos diferentes productos, como lo pueden ser: somníferos, multivitamínicos, energizantes, entre otros.

De acuerdo con lo antedicho, el trabajo no debería reducirse solamente a una actividad productiva, que tiene como fin único obtener dinero para subsistir, sino que, por el contrario, dicha

actividad debería ser vivenciada como un campo de acción, atravesado por diferentes formas de ejercer el poder y de ser reconocido.

Al abordar la elaboración de la presente monografía se consideró relevante incorporar una corriente de pensamiento y de intervención que permitiera pensar cómo abordar al trabajo como actividad, desde una óptica clínica, pero también sensible a los efectos del capitalismo contemporáneo. Se entendió entonces que la más apropiada es la corriente esquizoanalítica de Deleuze y Guattari (1985, 2004) dado que la misma incluye en su teorización las conceptualizaciones de producción, capitalismo y deseo, así como también plantea una serie de acciones para su abordaje, que pueden ser útiles para pensar estrategias psicoterapéuticas.

Deleuze y Guattari (1985) conciben al deseo en su dimensión productiva, la cual trasciende lo familiar y lo psíquico instaurado por el psicoanálisis. Los autores invitan a pensar al deseo desde una lógica constructiva y productiva, con capacidad para crear, no como una falta en la psiquis del sujeto, sino como algo activo que se funde en los procesos maquínicos, laborales y productivos.

El potencial deseante en el ámbito laboral, si bien posee elementos de creatividad y productividad, también puede verse influenciado por el sistema capitalista que se ha descrito a lo largo de este apartado, el cual muchas veces establece modalidades alienantes de trabajo. Dicho sistema de alguna manera limita, coarta y capta al deseo mediante un movimiento que los autores denominan con el nombre de territorialización. Este movimiento territorializante puede penetrar, por ejemplo, en las diferentes instituciones laborales y generar formas de vida que adoptan ciertos patrones preestablecidos de: roles, horarios, comportamientos, modalidades de reconocimiento, entre otros; los cuales pueden observarse en las dinámicas laborales actuales y en el mercado del trabajo. Así como existen los movimientos de territorialización, no se puede dejar de mencionar los movimientos de desterritorialización en donde las dimensiones estáticas de un territorio pueden verse movilizadas por flujos deseantes, así como por nuevas formas de ser y estar, que pueden constituir nuevas territorializaciones. Este inter juego entre territorialización y desterritorialización expuesto por Deleuze y Guattari (1985, 2004) en donde tienen su lugar las esferas del capitalismo, de lo social y de lo laboral —entre tantas otras esferas— permite una alternativa útil para pensar cómo se juega la dimensión deseante con relación al trabajo, para los posibles abordajes clínicos y psicoterapéuticos.

Respecto a la relación del deseo con el trabajo Deleuze (1996) indica que al desear un objeto —por ejemplo, un trabajo— se desea el paisaje que lo constituye. Esto implica que el

objeto deseado está ligado a posibles escenarios que se encuentran en relación con dicho objeto y la posible vida del sujeto. Por esto, cobran relevancia aquellas formas de entender la vida, en que la prosperidad se relaciona con escenarios asociados a la autorrealización integral del individuo y la maximización de su bienestar general. A modo de ejemplo, basándose en el planteo de Deleuze (1996) —recientemente mencionado— se puede tomar al trabajo como un objeto que se acompaña de determinado paisaje que atrae al sujeto deseante y en el cual el sujeto puede pasar de querer un trabajo cualquiera a querer ese trabajo en específico. Esto último podría dotarlo, por ejemplo, de cierto estatus o reconocimiento social.

De acuerdo con lo expuesto hasta el momento, se puede suponer que la relación trabajo, deseo y demanda social trascienden las simples relaciones laborales/contractuales de intercambio económico. Por lo cual, detrás de un empleo y de un sujeto empleado, se pueden ubicar una multiplicidad de dimensiones asociadas con ello: como ser el reconocimiento y la valoración que tiene un empleo a nivel familiar, social, político y económico.

La teoría esquizoanalítica ofrece herramientas para afrontar, desde una perspectiva holística, las patologías sociales, que muchas veces se circunscriben a los actuales ritmos de trabajo acelerados; en un mundo en donde los sujetos corren detrás de las exigencias que el capitalismo impone. En este sentido, al pensar en un sujeto inserto en un campo social y laboral atravesado por fuerzas territorializantes y desterritorializantes, la noción de Cuerpo sin órganos Deleuze y Guattari (1985, 2004), como matriz de pensamiento y campo de acción experiencial, podría resultar útil para habilitar al individuo a experimentar y construir otro cuerpo, desde un lugar no habitado hasta entonces. Al explorar la existencia, es posible explorar también el malestar desde una óptica diferente.

La exploración y experimentación del cuerpo sin órganos puede convertirse en una herramienta útil para que el sujeto se dirija hacia una forma de sentir y de pensar diferente; desde la cual pueda ser consciente de las líneas y segmentos (familiares, sociales, políticos, económicos, culturales, etc.) que lo atraviesan. En este sentido, surgiría la posibilidad de reflexionar sobre cómo se construyen sus relaciones con la familia, los amigos, los compañeros de trabajo, así como también el lugar ocupa el ocio, el deseo y la recreación en su vida. Esto posibilitaría recomponer dichas relaciones y trabajar desde una lógica integral que contemple los diferentes segmentos que lo constituyen, los cuales pueden influir en el malestar que tenga el sujeto.

Lo mencionado implicaría dar visibilidad a los constructos o cuerpos que definen al sujeto, tanto en sus modalidades deseantes y placenteras, como aquellas que le producen malestar. Desde este punto, se puede vivenciar un nuevo cuerpo sin órganos que permita al sujeto acceder a modos alternativos de reflexión y pensamiento, lo que abriría la posibilidad de transitar el malestar de forma distinta y dar lugar al deseo como una forma de producción.

Como se ha mencionado en el segundo capítulo de este trabajo, Lazzarato (2012) expone la crítica que Deleuze y Guattari establecen a la noción tradicional de sujeto. En este sentido, dichos pensadores argumentan que los individuos se reconocen y se alienan, en algo que tiene un fundamento que va más allá de los sistemas de representación y de reconocimiento clásicos.

Al respecto, Deleuze y Guattari describen una organización social atravesada por movimientos maquínicos, productivos y deseantes, los cuales se articulan a través de dos registros semióticos. El primer registro, el significante, remite a la construcción del sujeto, los roles sociales y la dimensión representativa. En cambio, el segundo registro, el asignificante —plano que más inquieta especialmente a los autores— alude a los signos, lo preverbal y opera en un nivel más profundo e inconsciente que conecta con lo emocional y afectivo. Su objetivo no es la producción del sujeto, sino que se configura a partir de una lógica en la que se conectan y confluyen diferentes máquinas: tecnologías, deseantes, humanas, económicas, entre otras.

Por otra parte, Botto (2012), quien también profundiza en los aportes de Deleuze y Guattari, refuerza el hecho de que las máquinas implican tanto elementos técnicos como vivos. En este sentido, el individuo ya no podría ser concebido como una entidad única, sino que es influido y conformado a través de otras máquinas que operan —por ejemplo— en el orden de lo tecnológico y económico.

Como ya se ha expuesto, las personas se encuentran en el marco de un Capitalismo Mundial Integrado, el cual contribuye en parte a que los individuos se formen bajo ciertas bases programáticas, afines al sistema capitalista. Estas bases programáticas demuestran de acuerdo con Guattari (2006) la confluencia de diferentes máquinas (deseantes, revolucionarias, tecnológicas, entre otras) y que tienen lugar, tanto en la vida social como laboral del sujeto.

El sujeto dentro del capitalismo contemporáneo forjará determinadas formas de vida en relación con elementos más conscientes y significativos (por ejemplo, el rol social); pero también, se verá atravesado por otros elementos menos visibles que impactan sobre sus dimensiones emocionales y deseantes, aquello que Guattari (2006) describe como lo molecular.

En este sentido, cabe reflexionar sobre hasta qué punto la dimensión maquínica podría recuperar o proponer una conceptualización actualizada del trabajo, de los procesos productivos y del sujeto ¿Cuándo un trabajador se emplea, es el quien trabaja, o son las máquinas?

Bajo esta perspectiva, se podría abogar por una práctica psicoterapéutica que comprenda al individuo que trabaja desde diferentes ángulos y que principalmente permita representar las dinámicas capitalistas que se ponen en juego en la vida de una persona, las cuales – como se ha visto— ocupan un importante lugar en lo laboral, lo vincular y lo psíquico.

A modo de reflexión personal se considera fundamental indagar sobre el desarrollo de las patologías, justamente como patologías derivadas de lo social y no por el contrario desde lógicas reductivas del funcionamiento psíquico. Es decir, tener en cuenta el despliegue de las líneas de fuerza que atraviesan al sujeto y en el contexto de un Capitalismo Mundial Integrado.

Finalmente, también es importante considerar el lugar que le ofrece la psicología como disciplina a la dimensión trabajo en la vida de las personas, ya que muchas veces puede quedar relegada a la mera dimensión económica, negándole así su rol como constructor de determinadas formas de vida y de determinadas formas del malestar. Se considera enriquecedor pensar en propuestas de psicoterapia que procuren indagar al deseo en su dimensión productiva, así como los intereses, objetivos, sentimientos/afectos, que el deseo liga. Ya que ello permite pensar al sujeto como efecto de un proceso productivo, pero como agente deseante de cierta producción.

Referencias bibliográficas

- Botto, M. (2011). SUJETO E INDIVIDUO EN EL PENSAMIENTO DE GILLES DELEUZE [Tesis Doctoral]. Universidad Autónoma de Madrid.
- Deleuze, G. (1996). *L'Abécédaire de Gilles Deleuze* [Video]. INA Editions.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós.
- Deleuze, G., & Guattari, F. (2004). *MIL MESETAS: Capitalismo y esquizofrenia* (6a ed.). PRE-TEXTOS.
- Dunker, C. I. L. (2015). *Introdução: Do diagnóstico à diagnóstica*. In *MAL-ESTAR, SOFRIMENTO E SINTOMA*. (pp. 23-27) Boitempo.
- Gambini, M (2013). *Microfísica y esquizoanálisis*. Levi
- Guattari, F. (2006). *Plan sobre el planeta: Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Traficante de sueños.
- Honnet, A. (2009). PATOLOGÍAS DE LO SOCIAL. TRADICIÓN Y ACTUALIDAD DE LA FILOSOFÍA SOCIAL. En Honnet, A (Ed.) *Crítica del agravio moral. Patologías de la sociedad contemporánea*. (pp. 51–124) Fondo de Cultura Económica
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Crítica.
- Kojève, A. (2013). CURSO DEL AÑO ACADÉMICO 1937-1938. In Kojève, A. (Ed.) *Introducción a la lectura de Hegel*. (pp. 205-240) Trotta.
- Lazzarato, M. (2012). El funcionamiento de los signos y de las semióticas en el capitalismo contemporáneo. *Palabra Clave*, 15(3), (pp. 713–725) http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-82852012000300017&lng=en&tlng=es.
- Marx, K. (1968). *MANUSCRITOS ECONOMÍA Y FILOSOFÍA* Vol. Alianza Editorial.
- Mesquita Sampaio de Madureira, M. (2009). Prólogo. En A. Honnet (Ed.), *Crítica del agravio moral. Patologías de la sociedad contemporánea*. (pp. 9–48). Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Safatle, V., Da Silva Junior, N., & Dunker, C. (2018). Em direção a um novo modelo de crítica: as possibilidades de recuperação contemporânea do conceito de patologia social. In Safatle,

V., Da Silva Junior, N., & Dunker, C. (Ed.) *Patologias do social: arqueologias do sofrimento psíquico* (pp. 7–34). Autêntica Editora.